



Fiesta de Santa Teresa 2009

La sabiduría se va logrando a partir de la experiencia natural del hombre iluminada por la experiencia de Dios. Por ello, la sabiduría se experimenta como don de Dios, que es objeto de súplica. La sabiduría es patrimonio propio de Dios, el cual por gracia la comunica a los hombres, lo mismo que les da su “espíritu”. *“Toda sabiduría viene de Dios”* (Prov 1,7; Eclo 1,11-30; Job 28, 28) y sólo él puede comunicarla a los hombres (Prov 2,6), los cuales han de aprenderla con sencillez, compartirla con otros sin envidia y manifestar a todos sus riquezas (Sab 7, 14).

La sabiduría es el arte de conducirse en la vida en sentido moral y religioso, y tiene su principio en el temor de Dios (Prov 1,7); la sabiduría es la “fuente de la vida” (Prov 4,23; 10,11; 13,14; 16,22) y “el camino de la vida” (Prov 6,23; 10,17; 15,24); la sabiduría se basa en el cumplimiento de los mandamientos y conduce a la amistad con Dios (Sab 7, 14). Por ello, es para los hombres la mayor riqueza, un tesoro inagotable, fuente de gozo y madre de todos los bienes: preferible al poder, la riqueza, la salud, la luz y la belleza.

El don de esta sabiduría es suplicado por el israelita piadoso, que desea vivir en fidelidad a Dios: *“Mándala de tus santos cielos, y de tu trono de gloria envíala, para que me asista en mis trabajos y venga yo a saber lo que te es grato. Porque ella conoce y entiende todas las cosas, y me guiará prudentemente en mis obras y me guardará en su esplendor”*. (Prov 9, 10-11).

La forma superior de la sabiduría consiste en la comprensión del misterio de la vida humana y del universo; esta sabiduría es propia en exclusiva de Dios y sólo Dios conoce el camino que lleva a ella. Esta sabiduría es el arquitecto que dirige la obra de la creación y la facultad con la que Dios gobierna y dirige todo lo creado; todas las cosas creadas son un reflejo de la sabiduría de Dios. A esta forma de sabiduría se refería el israelita piadoso cuando confesaba: *“Señor misericordioso, contigo está la sabiduría, conocedora de tus obras, que te asistió cuando hacías el mundo, y que sabe lo que es grato a tus ojos y lo que es recto según tus preceptos”* (Sab 9, 9).

La sabiduría se consideró, en este y numerosos textos, tan cercana a la realidad de Dios, que fue presentada con frecuencia como la forma de actuar de Jahvé, como si fuese el agente de Dios. Pero en realidad se trata sólo de una personificación literaria de una acción o cualidad divina. Así se canta en el salmo 136, 5: *“Al que hizo los cielos con sabiduría, porque es eterno su amor”*. O se confiesa en el libro de los Proverbios: *“El Señor fundó la tierra con sabiduría, estableció los cielos con inteligencia”* (Prov 3, 19).

Ante la sabiduría de Dios reconoce el israelita humilde su limitación: *“Qué hombre conoce el designio de Dios, quien comprende lo que Dios quiere?”* (Prov 9,13). *“Apenas conocemos las cosas terrenas y con trabajo encontramos lo que está a mano:*



¿Pues quién rastreará las cosas del cielo, quién conocerá tu designio, si tú no le das sabiduría enviando tu Santo Espíritu desde el cielo? (Prov 9, 16-17).

Es significativa la conexión que se establece en este último versículo entre el don de la sabiduría y el envío del Espíritu Santo. El conocimiento del designio salvador de Dios para los hombres sólo es posible con la sabiduría que viene dada con el envío del Espíritu Santo. Sólo con la sabiduría que procede del Espíritu Santo “*serán rectos los caminos de los terrestres*”, los hombres aprenderán lo que agrada a Dios, y los que agradan a Dios se salvarán.

La sabiduría, en su personificación como agente de Dios, era una figura profética de la Palabra que existía desde el principio junto a Dios y por la cual ha sido creado todo, según el Evangelio de Juan (Jn 1, 1-3). Y era igualmente una prefiguración del Espíritu Santo, que el Evangelio de Lucas describe como el agente de Dios en la obra de la concepción virginal de Jesús (Lc 1, 35-37), que se manifiesta descendiendo sobre él en su bautismo (Lc 3, 21-22), que llena su vida y actividad (Lc 4, 1.14), y lo unge para el cumplimiento de su misión (Lc 4, 18-21). Porque el Espíritu habita en él, Jesús es el Hijo del Altísimo, el Hijo de Dios (Lc 1, 32.35), a quien hemos de escuchar (Lc 9, 35), porque es la Palabra de la vida hecha carne entre nosotros (Jn 1,14). Por ello, el Evangelio de Juan presenta Cristo Jesús, es decir, a Jesús Ungido por el Espíritu, como el Hijo único, que es Dios y que está en el seno del Padre, y nos lo ha dado a conocer (Jn 1, 18).

El Espíritu Santo es la fuente de la sabiduría de Jesús y de su enseñanza que asombra a los oyentes, por proceder de un hombre sin estudios. Jesús aclara que su palabra y su enseñanza no es suya, sino del Padre que le ha enviado, y no busca el propio honor, sino la gloria del Padre. Y, en este contexto, Jesús ofrece un decisivo criterio de discernimiento para conocer si la enseñanza de Jesús viene de Dios: sólo el que está dispuesto a hacer la voluntad de Dios, acepta la enseñanza de Jesús como doctrina de Dios. Al decir esto, Jesús está expresando su propia experiencia: Él sabe que su Palabra es de Dios y no suya, porque ha venido para hacer la voluntad del Padre que le ha enviado. Sólo Jesús, que es uno con el Padre y tiene como alimento hacer su voluntad, conoce al Padre y nos la da a conocer.

Vivir el Evangelio es el criterio práctico de discernimiento de la verdadera interpretación del Evangelio. Y este criterio tiene validez permanente. Sólo quien cree en Jesús y le sigue en la puesta en práctica de su Palabra puede ser intérprete del Evangelio. Sólo quien vive el Evangelio, lo comprende y es intérprete del Evangelio para los demás.

Para hacer posible esta vida e interpretación del Evangelio, promete Jesús a los que crean en él el don del Espíritu como torrente de agua viva que apaga la sed.

La carta a los Romanos expresa ya la condición del cristiano como criatura nueva en el Espíritu por la regeneración bautismal. Hemos recibido el Espíritu del Hijo que nos



hace Hijos de Dios y nos impulsa a clamar Abba, Padre, y nos da derecho a la herencia del Hijo. Para ello, es necesario dejarse guiar por el Espíritu hasta la cruz, en obediencia de amor a la voluntad del Padre, para ser también con el Hijo glorificados.

El Espíritu del Hijo intercede por nosotros haciendo suyos los gemidos de nuestros corazones; y Dios, que conoce los corazones, reconoce los gemidos de su Hijo en nosotros como acordes con su voluntad salvadora. Con esta acción interior en nuestros corazones, viene el Espíritu en ayuda de nuestra flaqueza. El Espíritu nos enseña a orar como conviene poniendo en nuestros labios palabras que expresan el amor de nuestro corazón, que busca saciar su sed en el torrente del agua viva del amor de Dios.

Santa Teresa vivió en los últimos años de su vida con una experiencia muy viva de la presencia de la Trinidad en ella y de la inteligencia de su misterio. Esto le permitió vivir una íntima relación entre la comunión con Dios y el trato de los hombres. En algunas ocasiones, Santa Teresa parece adentrarse en el seno de la Trinidad.

En Pascua de 1571, tuvo esta experiencia: “Parecíame que nuestro Señor me había llevado el espíritu junto a su Padre, y díjole: Esta que me diste te doy; y parecíame me llegaba a sí... Duró algún espacio tenerme cabe sí” (CC 13.a, 5-6).

Otra vez llegó a sentir la corriente de vida que desde la Trinidad fluye hacia todas las criaturas: “Parecíame que dentro de mi alma -que estaban y veía yo estas tres Personas- se comunicaban a todo lo criado, no haciendo falta ni faltando de estar conmigo” (CC 15.a, 4).

En otra ocasión, en los principios de su priorato en la Encarnación, quedó sumida en la Trinidad y escuchó palabras inefables: “Después de esto quedéme yo en la oración que traigo de estar el alma con la Santísima Trinidad, y parecíame que la Persona del Padre me llegaba a sí y decía palabras muy agradables. Entre ellas dijo, mostrándome lo que quería: Yo te di a mi Hijo y al Espíritu Santo y a esta Virgen; ¿qué me puedes tú dar a mí?” (CC 22.a, 3).

Desde su experiencia gozosa de la perfección que Cristo había pedido en su oración al Padre por sus discípulos, Teresa afirma que la plegaria de Jesús se cumplirá: “Orando una vez Jesucristo nuestro Señor por sus apóstoles... dijo: que fuesen una cosa con el Padre y con él, como Jesucristo nuestro Señor está en el Padre y el Padre en él. ¡No sé qué mayor amor puede ser que éste!; y no dejamos de entrar aquí todos, porque así dijo su Majestad: No sólo ruego por ellos, sino por todos aquellos que han de creer en mí también, y dice: Yo estoy en ellos” (7M 2, 7).

En el misterio trinitario Teresa ha tenido una particular experiencia del Espíritu Santo y ella misma ha expresado los rasgos de su devoción al Espíritu Santo.



El Espíritu Santo es para Teresa “medianero entre el alma y Dios”. Centenares de veces la Santa ha repetido en el comienzo de sus cartas este saludo bíblico, con diversas y curiosas variantes: “La gracia del Espíritu Santo sea con...” o “sea con V. E. el Espíritu Santo”.

En los principios de su vida espiritual hay un episodio digno de ser referido. Uno de los confesores aconsejó a la Santa que invocase al Espíritu Santo rezando el himno “Veni, Creator Spiritus”. Pocos días después, tuvo el primer arrobamiento mientras invocaba al Espíritu Santo (cfr. V 24, 5). Todo esto fue sensibilizando a Teresa al misterio y a la acción del Espíritu y la llevó a comprender su presencia en la Trinidad. La relación con el Padre y el Hijo inspiró a Teresa esta consideración: “Entre tal Hijo y tal Padre forzado ha de estar el Espíritu Santo que enamore vuestra voluntad y os la ate tan grandísimo amor, ya que baste para esto tan gran interés» (CV 27, 7).

Teresa reconoce el influjo de Espíritu y su presencia en la Sagrada Escritura, inspirada por el Espíritu Santo; percibe su presencia en los confesores que le hablan en nombre de Dios y de la Iglesia. Ella, por su parte, invoca su auxilio a medida que en la explicación de las moradas se va adentrando en las zonas de la experiencia mística sobrenatural: “Para comenzar a hablar de las cuartas moradas bien he menester lo que he hecho, que es encomendarme al Espíritu Santo y suplicarle de aquí adelante hable por mí para decir algo de las que quedan...” (4M 1, 1); “plega a él que acierte yo a declarar algo de cosas tan dificultosas; que, si su Majestad y el Espíritu Santo no menea la pluma, bien sé que será imposible” (5M 4, 11).

Al describir el proceso de vida nueva empezado por el alma en las quintas moradas, recuerda Santa Teresa que todo esto se hace con el calor del Espíritu Santo; y a él le atribuye la misión de la mediación entre el alma y Dios: “Paréceme a mí que el Espíritu Santo debe ser medianero entre el alma y Dios, y el que la mueve con tan ardientes deseos que la hace encender en fuego soberano, que tan cerca está” (MC 5, 5).

Además de cuanto hemos referido, podemos recordar aquí unos cuantos hechos vividos por Santa Teresa. Las fiestas de Pentecostés, a las que Teresa llama Pascua del Espíritu Santo, son para ella ocasiones de grandes gracias místicas. Así lo narra la Santa:

«Estaba un día, víspera del Espíritu Santo, después de misa. Fuime a una parte bien apartada... y comencé a leer en un Cartujano esta fiesta; y, leyendo las señales que han de tener los que comienzan y aprovechan y los perfectos para entender está con ellos el Espíritu Santo, leídos estos tres estados, parecióme, por la bondad de Dios, que no dejaba de estar conmigo, a lo que yo podía entender. Estándole alabando... Veo sobre mi cabeza una paloma bien diferente de las de acá, porque no tenía estas plumas, sino las alas de unas conchicas que echaban de sí gran resplandor. Era grande más que paloma, paréceme que oía el ruido que hacía con las alas... Sosegóse el espíritu con tan buen huésped...» (V 38, 9-10).

I



En otra ocasión escuchó estas sublimes palabras: « Mi Padre se deleita contigo y el Espíritu Santo te ama» (CC 10.a).

La Santa describe el Espíritu como el lazo de amor entre el Padre y el Hijo:

“Considera el gran deleite y gran amor que tiene el Padre en conocer a su Hijo y el Hijo en conocer a su Padre, y la inflamación con que el Espíritu Santo se junta con ellos, y cómo ninguna se puede apartar de este amor y conocimiento, porque son una misma cosa. Estas soberanas Personas se conocen, éstas se aman, y unas con otras se deleitan” (E 7, 2).

Además de las citas explícitas, hay en los escritos de la Santa una serie de alusiones bíblicas y de símbolos del Espíritu Santo. Baste ahora la alusión a dos símbolos bíblicos del Espíritu usados por Santa Teresa.

El primero es el símbolo del agua viva, con referencias evangélicas a la Samaritana, pero también a los “torrentes de agua viva” que fluyen de Cristo y del cristiano. En el símbolo de la fuente interior de las cuartas moradas, que fluye desde dentro y lo inunda todo, dilatando el corazón, nos encontramos con una experiencia muy parecida a lo que el Evangelio de Juan describe como ser bautizados con el Espíritu Santo: “Quien tenga sed, que se acerque a mí; quien crea en mí que beba; como dice la Escritura: De su entraña manarán ríos de agua viva. Decía esto refiriéndose al Espíritu que iban a recibir los que creyeran en él”

El otro símbolo es el del fuego, con sus efectos de ardor, inflamación y purificación. Es evidente la interpretación de la “transverberación” como una gracia especial de Dios que comporta una infusión del Espíritu Santo, que dilata, purifica y fortifica el alma de Teresa.

Por intercesión de Santa Teresa pedimos hoy al Señor que derrame de nuevo su Espíritu en nuestros corazones y nos haga con él partícipes de la sabiduría divina, capaces de vivir e interpretar rectamente el Evangelio y de ser sus testigos en medio del mundo.

Alba de Tormes, 15 de septiembre de 2009